



Cartel de La Mora y el Cocuyo  
fuente: [www.cnac.gob.ve](http://www.cnac.gob.ve)

**La Mora y el Cocuyo** es un cortometraje animado del 2016 dirigido por Isaías Pérez, con dirección de arte de Francisco Laurel y producción general de Edna Fernandes, asesorados en la adaptación al pemón por el distinguido antropólogo Esteban Emilio Mosonyi y con un plus digno de subrayar conformado por las voces en las narraciones y cantos de Elena Gil y Candelaria Gil, dos mujeres pemón que aportan la sonoridad ancestral de una lengua indígena que evidentemente transmite una musicalidad única y como un murmullo mágico evoca los tiempos del mito que bien se recrean en esta obra.

Este cortometraje recibió el premio a mejor corto animado en la séptima edición del Encuentro para Cinépagos, festival de cine-arte en la frontera, que se realizó en San Cristóbal, estado Táchira, en julio del presente año. A el jurado, conformado por dos miembros del grupo de investigación Bordes; Otto Rosales y Osvaldo Barreto junto a el realizador mexicano Ismael Nava Alejos, no le fue difícil dar este premio pese a que trabajos animados de otras latitudes del globo también presentaban buenos estándares de calidad.

El abordaje de “la identidad” desde la animación es una apuesta bastante riesgosa que requiere de mucha sensibilidad y compromiso estético para no caer en lugares comunes donde lo identitario pudiese quedar solapado bajo las estéticas homogéneas y mayormente estériles que suelen brindar los medios digitales de animación con los cuales es fácil que un realizador se ofusque debido a sus ventajas y efectos preestablecidos que facilitan el trabajo y dan la oportunidad de resolver muchos aspectos técnicos y avanzar a mayor velocidad en detrimento de una estética personal, humana y significativa para el discurso que se quiere desarrollar como en este caso el de una leyenda aborigen del pueblo Pemón.

Pero la estética en la animación siempre está ligada y supeditada a la técnica y es allí donde radica el esfuerzo del realizador para dominar la misma e imprimirle su sello personal, por eso hemos de destacar el buen manejo y cuidado de las capas que configuran los fondos de las escenas e incluso a los personajes en si mismos. Este manejo de capas, las cuales también contribuyen enormemente al desplazamiento espacial y la perspectiva, estaban conformadas generalmente por distintos niveles de follaje entre los cuales se movía el personaje teniendo al fondo el piso del bosque o el cielo estrellado y manejando el desenfoque en ellas, a lo cual supieron sacarle muchísimo provecho, logrando otorgarle a la profundidad de campo una estética bien particular que recreaba ese insospechado mundo de los insectos.

La confección de los personajes también merece ser subrayada, pues obedece a un dibujo con cierto aire infantil sin esas búsquedas de exuberantes realismos que suelen propiciarse desde los medios digitales, en ese sentido lograron una dibujística y un diseño de gran atractivo visual sin rimbombancias, permitiendo que la obra pueda ser digerida con gusto tanto por públicos infantiles como adultos, esta virtud le confiere un espectro amplio de difusión que esperamos no se circunscriba solo a festivales.



Narradoras Elena Gil y Candelaria Gil al centro  
fuente: [www.lamorayelcocuyo.com](http://www.lamorayelcocuyo.com)

Esto de la difusión es fundamental para una obra que bien podría constituirse en un hito dentro del cine animado en Venezuela. Sabemos que se han dado muchos esfuerzos en nuestro país en esta línea de trabajo y quizá muchos son desconocidos porque la difusión no fue ampliada en su momento. Otros países, que ya sabemos cuales son, inundan el mercado con cine animado pero generalmente con estéticas impersonales que les confieren más un carácter de producto comercial que de obra artística. En La Mora y el Cocuyo, dado el compromiso que se evidencia por parte de su equipo de realización, resulta fácil decir que estamos en presencia de una obra de arte, la cual, además de sus valores estéticos, recupera la tradición oral de una cultura indígena, en este caso la Pemón, que nos recuerda la nación pluricultural que somos. Es en esa exuberante diversidad en la que los venezolanos debemos reconocernos. Volver a escuchar los cuentos de los abuelos, relatos cuyas sombras se alargan hasta tocar el horizonte del mito, echar a andar de nuevo y con vigor la maquinaria de la oralidad que siempre ha estado con nosotros para reinsertarla en los nuevos medios haciendo que llegue a mayores audiencias, constituye un bello ejemplo de emancipación cultural a través del arte, del cine y más específicamente de la animación, un recurso que dada esta obra ejemplar, debemos seguir cultivando en el país para que nuestro imaginario brote de las manos de nuestros creadores, reavivando así la rica y poco repasada historia nacional cuyos recovecos requieren de muchos investigadores que se aventuren en ella y de más esfuerzos tan loables como el de La Mora y el Cocuyo.

Oswaldo Barreto Pérez  
Grupo de Investigación Bordes.



Fotograma del corto La Mora y el Cocuyo / fuente: [www.lamorayelcocuyo.com](http://www.lamorayelcocuyo.com)